

Salvaje

★★★★★

Dinnie

La Domadora



Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois

*** *Salvaje* ***

**DANDI DALEY
MACKALL**

Visite la apasionante página de Tyndale Español en Internet:
www.tyndaleespanol.com

Visite la apasionante página de Tyndale para chicos en Internet:
www.cool2read.com y la página de la serie Winnie la Domadora en
Internet: www.winniethehorsegentler.com

Puede contactar a Dandi Daley Mackall en su página en Internet:
www.dandibooks.com

El logotipo de Tyndale Niños es una marca de Tyndale House Publishers, Inc.

Salvaje

© 2008 por Dandi Daley Mackall. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © 2001 por Bob Langrish. Todos los derechos reservados.

Gráfico interior del caballo usado con permiso de Arabian Horse Registry of America®. www.theregistry.org.

Diseño: Jacqueline L. Nuñez

Edición del inglés: Ramona Cramer Tucker

Traducción al español: Mayra de Ramírez

Edición del español: Mafalda E. Novella

Versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina Valera 1995®. © por las Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con situaciones actuales, lugares, organizaciones o personas, vivas o fallecidas, es absolutamente accidental y fuera de la intención de la autora o de la casa editora.

Originalmente publicado en inglés en 2002 como *Wild Thing* por Tyndale House Publishers, Inc. ISBN-10: 0-8423-5542-1; ISBN-13: 978-0-8423-5542-1.

ISBN-13: 978-1-4143-2211-7, mass paper

ISBN-10: 1-4143-2211-9, mass paper

Impreso en los Estados Unidos de América

14	13	12	11	10	09	08
7	6	5	4	3	2	1

*Para Jen,
mi hija,
mi amiga,
mi compañera en escribir,
mi compañera de cabalgadura*

Mi mamá solía decir: “Winnie Willis, en el principio Dios creó los cielos y la tierra y los caballos. Y a veces tengo que preguntarme si el buen Señor no debió detenerse allí.”

Ella sabía que eso era lo que yo creía. Ella siempre lo supo.

Quería que Mamá hubiera estado aquí conmigo, montando a pelo, cabalgando a doble. En lugar de eso, la neblina blanca, tan espesa como la cola de un caballo, hacía que sintiera que todo estaba de cabeza al caminar a casa con mi hermana desde la caballeriza, por el camino de tierra. Nunca habría pensado en un julio nebuloso en Ohio.

Lizzy, mi “hermanita,” me pasó corriendo para caminar de espaldas en el camino de tierra,

hablando tan rápidamente como el trote de un caballo. A los once años —un año completo menor que yo— es mucho más alta que yo; me sobrepasa por cinco centímetros. Las dos tenemos los ojos verdes y el cabello oscuro de Mamá, pero Lizzy esquivó las pecas. Lizzy afirma que mi voz es grave y áspera y que se escucharía muy bien en la radio, pero yo creo que siempre sueno algo ronca.

—¿Winnie? —La voz de Lizzy, que usualmente es tan suave como la capa de invierno de una yegua Morgan, se agudizó—. ¿Escuchaste algo de lo que te dije?

—No —respondí, respirando la esencia de los pinos y los álamos del campo . . .

. . . *¿y de caballo, quizás?*

A unos ochocientos metros, por lo menos, detrás de nosotros estaba el Stable-Mart, el mal ejemplo de una caballeriza, donde yo tenía el trabajo real de limpiar establos. Cualquier cosa con tal de estar cerca de los caballos.

“Dije que . . .” gritó Lizzy, como si el problema fuera algo que su volumen pudiera arreglar, “voy a cocinar mi famosa cacerola de atún —la favorita de Papá. ¡Quiero que le *encante* vivir en Ashland!”
Suspiré.

“¡Winnie!” dijo Lizzy. “¡Papá podría sacarnos de Ohio y llevarnos otra vez a quién sabe dónde!”

Me encogí de hombros.

“¿Cómo es posible que no te importe? ¡Yo quiero terminar todo el sexto grado aquí!” dijo Lizzy en tono exigente. “¡Ya ni me acuerdo dónde terminé el cuarto grado! Eddy Barker me preguntó hoy dónde estudié quinto grado. Yo le dije: ‘En los estados de la I —Illinois, Indiana, y . . .’ ¿cuál fue el último? Ah, sí —‘Iowa.’ Bueno, ¡este año no! ¡Tch tch! De ninguna manera, Winnie.”

Yo podía recordar cada escuela, hasta la *L* que le faltaba a la Primaria Mil_er. Podía imaginar las rajaduras de mi escritorio en Chicago, la pintura de la esquina inferior izquierda de la ventana en la Escuela Secundaria de Des Moines.

Cuando estaba en primer grado en Wyoming, nos dimos cuenta de que tengo memoria fotográfica. *No* una memoria buenísima —sólo fotográfica. Si mi mente no toma la foto cuando algo sucede, se me olvidan las cosas.

Papá siempre pensaba que yo debería ser una mejor estudiante, cuando pensaba en cosas como esa. Admito que a veces mi memoria funciona bien con nombres y fechas en los exámenes de

historia. Es como si todavía pudiera ver las palabras y los números de una página.

Pero una memoria fotográfica no es tan buena para olvidar imágenes que *no* quiero tener en mi cabeza —como el automóvil cabeza abajo y el brazo de mi madre, flojo como un listón encima del timón.

Recogí una piedra y la lancé tan lejos como pude. Nos habíamos trasladado cinco veces en los últimos dos años, desde que vendimos nuestra hacienda en Wyoming. Ashland, Ohio, no parecía tan diferente a los otros lugares, sólo más pequeño.

—Bueno, quizás no te importe nada a *ti*, Winnie —continuó Lizzy—, ¡pero a mí sí! Me gusta este lugar. ¡Grillos! ¡Estanques llenos de ranas! ¡Cochinillas —los insectitos más lindos! Y nunca he visto tantos árboles . . .

—Lizzy, ¡icállate! —Saqué mi mano como si estuviera parando el tráfico. La tierra tembló —no tanto, pero lo suficiente.

La neblina me cubría los ojos.

Adelante de nosotros, cuesta abajo a través de la niebla, se escuchaba que algo golpeaba.

—¡No me digas que me . . . ! —empezó Lizzy.

—¡Shh! —Me esforzaba por escuchar: *clop-clop*,

clop-clop, clop-clop, cada vez más cerca y más fuerte.

¡Caballos!

“¡Muévete!” grité, empujando a Lizzy hacia la zanja.

¡CLOP-CLOP! ¡CLOP-CLOP! ¡CLOP-CLOP!

Cada vez más fuerte.

“Cuatro . . . no, ¡cinco!” grité, mientras Lizzy se tropezó en la zanja, barboteando algo que no pude comprender. Me quedé donde estaba, sabiendo que no podían estar más que a unos cuantos caballos de distancia.

Uno de los caballos relinchó, con un arranque de tristeza y miedo equinos que me rasgó el corazón.

“¡Winnie!” gritó Lizzie desde la zanja.

“¡Quítate del camino!”

El ruido de los cascos de los caballos palpitaba en mi pecho. Pude distinguir unas patas borrosas en la nube de neblina —cascos, cuartillas, cañas. El paso del caballo guía me decía que tenía unos 15 palmos de altura.

Como en una visión, una yegua blanca, con la crin sedosa que volaba, irrumpió a través de la neblina, enfrente de mí.

“Tranquila, niña,” dije, levantando mis brazos

a la altura de mis hombros, haciendo una T con mi cuerpo. “¿Cuál es la prisa?” Mantuve mi posición de espantapájaros, sin moverme, mientras los otros cuatro caballos se colocaron detrás de la yegua.

El caballo blanco-niebla patinó enfrente de mí, doblando las patas traseras. Se encabritó, pifando en la niebla, como si estuviera peleando contra caballos invisibles de las nubes. Dos caballos más pequeños se separaron detrás de ella, resoplando; no sabían si salir disparados o esperar a que ella librara la batalla por todos ellos.

Pero yo no podía apartar mis ojos de la yegua fantasmal. En la niebla se veía totalmente blanca. Sus carrillos, ojos grandes y cabeza delicadamente esculpida revelaban, sin lugar a dudas, que era árabe. Los árabes tienen piel negra, pero la suya apenas se veía a través de su capa de blanco-niebla; sólo proyectaba una sombra gris cerca de las articulaciones de sus patas.

“¿Eres tú quien manda aquí?” pregunté.

Dos caballos cuarto de milla, un pura sangre bayo, y un Standardbred negro rojizo formaban una audiencia de medio círculo.

La yegua siguió encabritándose; sus cascos frontales golpeaban la tierra y se volvían a ele-

var. Pero su corazón no estaba en eso. Los brin-
cos fueron más cortos hasta que se detuvieron.
Por las cicatrices que tenía en los corvejones,
sus cascos irregulares, crin enredada y las arru-
gas que tenía encima de los ojos, nadie la había
querido por mucho tiempo, si alguna vez lo
habían hecho.

Mantuve la atención de la yegua jugando un
tipo de farol de caballo, susurrándole y mante-
niendo mi posición. Si yo me rendía primero,
ella pensaría que también me gobernaba. Y
era mejor que me quitara rápidamente de su
camino. Pero si yo podía hacerla que cediera,
ella sabría que no tenía que protegerse, ni a su
manada, de mí.

“¡Winnifred Will—!” Lizzy empezó desde la
zanja, pero se calló. A Lizzy no le gustan los
caballos, pero sabe lo suficiente como para
no gritar entre ellos. Había visto cómo nues-
tra madre hacía callar a docenas de caballos
molestos.

Finalmente, la yegua fantasma parpadeó. Miró
hacia abajo, lamiéndose los labios, y me dijo:
Está bien, dejaré que te encargues de esto.

“Esa es mi niña,” le dije y me acerqué a ella. Le
toqué su cruz, la parte alta de su lomo que está

entre sus omóplatos. Me dejó que le rascara el cuello y debajo de su crin blanca y enredada.

Sentí que unos caballos galopaban un segundo antes de escuchar el trueno de más cascos. Pero estos parecían distintos, más cerca de la tierra. La niebla se había desvanecido un poco y entrecerré los ojos para ver a dos hombres, sobre unos cuarto de milla alazanes, que se acercaban a nosotros a medio galope.

“¡Allí están!” gritó uno de los hombres. Por sus botas de piel de serpiente supe que era el hijo de los Spidell, Richard. A Richard le gustaba actuar como el jefe de la caballeriza en el Stable-Mart de su padre. Me hacía pensar en un niño grande jugando a los vaqueros. Los Spidell eran dueños de casi todo en Ashland, y nunca permitían que a nadie se le olvidara.

Richard se dio prisa, galopando directamente hacia nosotros. “¡Tú, niña! ¡Quítate del camino!”

La yegua árabe puso sus orejas hacia atrás. Sentí que el miedo trepaba por sus músculos cuando el caballo castrado de Richard se detuvo al lado de nosotros.

“¡Agarra a ese animal salvaje!” gritó el hombre más viejo, deteniéndose al lado de Richard.

La voz del hombre asustó a la yegua.
Relinchó; luego se encabritó y se desbocó.

—¡Ayúdenme! —gritó Lizzy, pues la yegua se dirigía directamente hacia la zanja . . . la zanja de Lizzy.

—¡Lizzy, agáchate! —grité.

La yegua no se detuvo. Siguió galopando hacia la zanja y voló por encima de ella, saltando a una distancia de medio metro, con su cola blanca tan alta como una bandera.

“¡Grandioso!” dijo Richard refunfuñando.

Los otros caballos se movieron, pero se veían como si ya hubieran tenido suficiente diversión por un día, y estaban listos para que se los llevaran y los alimentaran.

“Llevaré estos a la caballeriza. ¡Tú ve a buscar a Salvaje!” gritó Richard al hombre, dejando para sí el trabajo fácil.

La barriga del hombre rebotaba en el cuerno de su silla. Sus estribos colgaban muy cortos, por lo que doblaba sus piernas. Maldijo, luego dirigió su ira hacia su montura, pateando con sus tacones al dócil cuarto de milla.

“Eres tan humano,” susurré.

El pobre caballo gruñó, brincó como un Lipizzano y cargó hacia la zanja. Pero en lugar

de pasarla, hizo una parada vaquera que casi hizo que su jinete desmontara.

“¿Qué te pasa?” gritó el hombre, luchando para volver a sentarse. Sacudió las riendas, recuperó sus estribos y dejó que el caballo tomara el camino largo, por el sendero.

—¿Quién es? —pregunté, mirando a la yegua blanca que se desvanecía.

—¿Él? —dijo Richard, girando con su caballo en torno de la manada abandonada—. Craig Barnum. Él hace las subastas de caballos. Es un inútil . . . ni siquiera pudo llevar este montón de la caballeriza de subastas a nuestra caballeriza.

—Él no —dije, entrecerrando los ojos para obtener la más mínima visión de la preciosa yegua—. La árabe. ¿Quién es?

—Es una cosa salvaje —dijo Richard, escupiendo las palabras—. Papá la compró en una subasta. Aunque lo estafaron, si me lo preguntas. Esa yegua no da nada más que problemas.

Lizzy salió gateando de la zanja a medida que Richard se iba trotando, acorralando a los otros caballos de subasta.

“¿Winnie?” llamó Lizzy. “¿Ya no hay moros en la costa?”

Yo seguía mirando el lugar en el horizonte

donde por última vez había visto al bello caballo fantasma. Mi memoria fotográfica había tomado una foto, dejando la imagen del caballo quemada en mi cerebro.

—¡Winnie! —gritó Lizzy, y se paró a mi lado—. ¿Qué estás mirando?

—El caballo con el que he soñado toda mi vida.

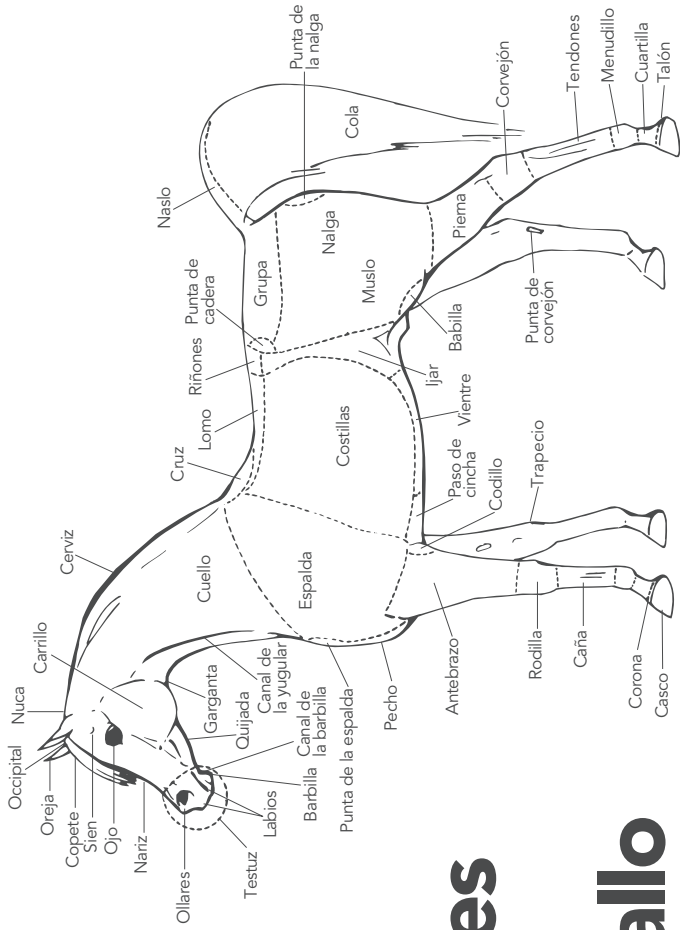
Era cierto, aunque yo casi ni hice la relación antes de que las palabras salieran de mi boca. Porque hasta donde podía recordar, cuando cerraba los ojos, podía imaginar a un árabe —noble, blanco, con los ojos grandes— exactamente como este.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lizzy en tono exigente.

—Lizzy —dije, recordando la imagen que tenía en la mente de la árabe encabritada—. Tengo que tener ese caballo. Y haré lo que sea necesario para conseguirlo.



Partes del Caballo





¡El lenguaje equino!

Los caballos se comunican entre sí . . . y con nosotros, si aprendemos a interpretar sus señales. He aquí algunas de las maneras en las que un caballo, generalmente, habla:

Relincho—Un llamado largo y ruidoso para los caballos que puede escucharse desde casi un kilómetro de distancia. Los caballos a menudo relinchan entre sí.

Traducciones posibles: *¿Estás allí? ¡Hola! ¡Aquí estoy! ¿Puedes verme? ¡Te escucho! ¿Qué pasa?*

Grito—Para la mayoría de la gente que tiene caballos, un grito es lo mismo que un relincho. Algunos dicen que cualquier vocalización de un caballo es un relincho.

Relincho suave—El saludo más amistoso de un caballo que puede haber en el mundo. Un relincho suave es un ruido bajo que se hace en la garganta; a veces es un ruido sordo. Los caballos lo utilizan como un saludo amigable hacia otro caballo o alguien en quien confían. El dueño de un caballo podría escuchar un relincho suave a la hora de alimentarlo.

Traducciones posibles: ¡Bienvenido! Qué bueno verte. Te extrañé. ¡Hola! Ven acá. ¿Tienes algo bueno para comer?

Resoplido—Este suena como tu resoplido, sólo que mucho más fuerte y más agitado. Es una exhalación fuerte y el aire sale forzado por los ollares.

Traducciones posibles: ¡Cuidado! ¡Algo anda mal! ¡Uy! ¿Qué es eso?

Soplido—Usualmente es una exhalación fuerte, como un resoplido, pero con una gran ráfaga de viento.

Traducciones posibles: ¿Qué pasa? Las cosas no están tan mal. Así es la vida.

Chillido—Este grito de un tono muy alto, que suena un poco como un alarido; puede oírse a noventa metros de distancia.

Traducciones posibles: ¡Ni te atrevas! ¡Basta! ¡Te lo advierto! ¡Suficiente —en serio! ¡Eso duele!

Gruñidos, gemidos, suspiros, inhalaciones—Los caballos hacen una variedad de ruidos. Algunos gruñidos y gemidos no significan nada más que aburrimiento. Otros son consecuencias naturales del ejercicio.



Los caballos también se comunican sin hacer ningún ruido. Tendrás que observar a cada caballo y sintonizarte con la traducción individual, pero hay algunas versiones posibles del lenguaje equino no verbal:



Aire—Manera establecida en la que un caballo se mueve. Los caballos tienen cuatro aires naturales: el paso, el trote, el medio galope y el galope. Ciertas razas han aprendido otros aires o les son característicos: paso ligero o portante, ambladura, paso llano, etc.

Alazán—Caballo de un color que va de amarillo dorado a café oscuro, a veces del color del bayo, pero la crin y la cola son del mismo color.

Anillo D—El anillo de metal con forma de D que está a un lado del roncal del caballo.

Appaloosa—Caballo con la piel moteada y un patrón de manchas, como de un blanco sólido o café con manchas oscuras rectangulares detrás de la cruz. Usualmente son buenos caballos en todo sentido.

Árabe—Se cree que es la raza de caballo más antigua de todas, o una de las más antiguas. Muchos piensan que los árabes son los más bellos de todos los caballos. Se caracterizan por tener la cabeza pequeña, ojos

grandes, constitución refinada, crin y cola sedosas y a menudo son vivaces.

Arreo—Equipo del caballo (sillas, bridas, ronzal, etc.).

Atar corto—Atar el lazo sin dejar parte floja para evitar movimiento por parte del caballo.

Bayo—Un caballo de color caoba o café oscuro a café rojizo, con la cola y la crin negras.

Bayo cabos negros—Caballo con la piel canela o gris amarillento, con la cola y la crin negras.

Caballo castrado—Caballo macho modificado.

Chupar viento—El malo, y a menudo peligroso, hábito de algunos caballos que están en el establo, de masticar la cerca o madera del establo y aspirar aire.

Colorado—Se utiliza para describir a un caballo que es de color rojizo (usualmente un café rojizo).

Corcovear—Sacar las patas traseras, dando coces en el suelo.

Cuarto de milla—Caballo musculoso “de vaquero” que hace recordar el Viejo Oeste. El cuarto de milla obtuvo su nombre por el hecho de que puede dejar atrás a otros caballos en el cuarto de milla. Los cuartos de milla usualmente son acomodadizos y de buen carácter.



Lenguaje de la autora

Dandi Daley Mackall creció cabalgando; la primera vez que montó a pelo fue cuando tenía tres años. Sus mejores amigos eran Sugar, un pinto; Misty, probablemente un Morgan; y Towaco, un Appaloosa; junto con Ash Bill, un pura sangre; Rocket, un bayo cabos negros; Angel, el potro; Butch, nadie sabe; Lancer y Cindy, caballos silla americano; y Moby, un cuarto de milla blanco. A Dandi y a su esposo, Joe; a sus hijas, Jen y Katy; y a su hijo, Dan, (cuando se le obliga) les gusta montar a Cheyenne, su Pintado. Dandi ha escrito libros para todas las edades, incluyendo los libros *Little Blessings* [Pequeñas Bendiciones], *Degrees of Guilt: Kyra's Story* [Grados de Culpa: *La Historia de Kyrá*], *Degrees of Betrayal: Sierra's Story* [Grados de Traición: *La Historia de Sierra*], *Love Rules* [El Amor Gobierna] y *Maggie's Story* [La Historia de Maggie]. Se han vendido más de cuatro millones de ejemplares de sus libros (unos 400 títulos). Ella escribe y cabalga en el área rural de Ohio.

Visita a Dandi en www.dandibooks.com